

Psicoanálisis y Pedagogía

3. LA IMPORTANCIA DE LA REFLEXIÓN

Desde un punto de vista puramente personal, la reflexión psicoanalítica reviste un interés y atracción extraordinarios.

Nuestra orgullosa consciencia cerebral y la reflexión crítica de nuestros anteriores estados de conciencia y modos de conducta nos hacen suponer a menudo que la mano firme de la razón guía acertadamente nuestra vida tras los faros luminosos de la inteligencia. Creemos no tener más efectiva vida psíquica que la puramente consciente; pero nos engañamos. Tras el escenario lógico de las representaciones de nuestra propia vida, de cuyos actos nos sentimos autores y actores a la vez, los hilos invisibles de un mundo que ignoramos, nos mueven, socarronamente, desde el fondo más íntimo de nuestra persona. Si desconfiamos de ello, si no vemos claramente la gravidez condicionante de un inconsciente atávico o puramente personal, pensemos en la conducta post-hipnótica de los sujetos hipnotizados: ellos creen obrar por motivos completamente distintos de los que en realidad les mueven. Como dice Schejelderup: «El que cumple una orden post-hipnótica puede intentar explicarse la acción a sí mismo y a los demás por un motivo completamente diferente del de la orden hipnótica. Esta ha sido olvidada, actúa inconscientemente. El sujeto se engaña a sí mismo sin saberlo» (1). Existen también «casos de memoria inconsciente que han sido observados en individuos caídos en trance durante sesiones espiritistas; han hablado lenguas de las que no tenían conocimiento alguno durante la vigilia; han demostrado conocer cosas que estaban fuera de sus posibilidades momentáneas de conocer. Tales recuerdos pueden estar también organizados en una vida psíquica aparte; tenemos un ejemplo en los casos de personalidad alterante, de desdoblamiento de la personalidad, etcétera» (2).

Considerado desde un ángulo pedagógico, el movimiento psicoanalítico reviste un volumen de ilimitadas aplicaciones y sugerencias prácticas, beneficiosamente aprovechables.

Por una parte, nos permite descubrir una serie de inhibiciones inconscientes perjudiciales, y por otra,

lograr una profunda comprensión psicológica de innumerables alumnos, antes enigmáticos, e influir positiva y constructivamente en su conducta, mediante la sublimación en tareas culturales y recreativas.

En lo que atañe a posibilidad de la educación, el optimismo psicoanalítico es manifiesto, llegando Adler a repetir constantemente que incluso «los rasgos de carácter no son en ninguna manera, como muchos creen, rasgos congénitos, otorgados por la naturaleza... No son algo que responde a facultades y sustratos innatos al hombre, sino que son rasgos adquiridos aun en muy temprana edad, con objeto de poder mantener firme una manera determinada de proceder» (3).

Tal vez exista algo de exageración, al no querer considerar la importancia de la herencia y suponer siempre que cualquier diferencia puede ser compensada. No en balde reza aquel adagio que dice: «Quod natura non dat, Salamantica non praestat».

En el aspecto motivacional—de tanta importancia en el aprendizaje—la mayoría de las escuelas psicoanalíticas son de tendencia unitaria: un único impulso pone en marcha el diverso conjunto de fuerzas del inquieto educando. Unas veces se llamará instinto sexual, otras voluntad de poder, libido jungiana, etcétera.

En el campo de la caracteriología, el impulso dado por el Psicoanálisis ha sido tan importante, que ha pretendido convertirse por ciertos autores en una nueva rama autónoma de la Psicología (Utitz, Kretzmer, Lersch, Le Senne, Eysenk, etc.). Ello fue debido a la necesidad de reconocer las diferencias de los individuos, o grupos de individuos, frente a las leyes generales, valederas para todos los hombres, que pretendía descubrir la Psicología oficial anterior. Algunos aspectos de la tipología psicoanalítica, tales como la introversión y extraversión, no sólo han sido confirmados por la investigación, sino que hoy se admiten como dimensiones características del espíritu humano.

Para el conocimiento de la personalidad, la Psicología psicoanalítica ha contribuido, junto con otras (la personalista de Stern, la de Dilthey, la de la Forma, etc.), a fundamentar la base científica de numerosos tests proyectivos y de personalidad, tales como

(1) ACKERMANN, A.: *Psicología Aplicada*. Ed. Morata. Madrid, 1964, pág. 37.

(2) GEMELLI-ZUNINI: *Introducción a la Psicología*. Ed. Miracel. Barcelona, 5.ª ed., 1964, pág. 166.

(3) Citado por Donar, S. J., en *Adler y su Psicología Individual*. Ed. Razón y Fe. Madrid, 1949, pág. 46.

los de Szondi, Rorschach, T. A. T., «Du Village», Bernreuter, Jung-Rosanoff, psicodramas, etc., etc.

En pedagogía familiar, la aportación psicoanalítica es de suma importancia. Para Adler, por ejemplo, la familia es indispensable, pero los padres no siempre son buenos pedagogos ni buenos psicólogos. El egoísmo familiar, que exige, aparentemente con razón, que los hijos propios sean mejor considerados que los ajenos, «comete las faltas más graves imbuyendo a los niños la idea de que deben siempre colocarse por encima de los otros y considerarse como algo mejor que los demás» (4). La autoridad paterna «proporciona al niño un modelo de dominio o soberanía, enseñándole el placer que se deriva de la posesión del poder, haciéndole así dominador, ambicioso y vanidoso» (5). La madre, como veremos más adelante, desempeña un papel fundamental en la educación del niño y cultivo de su personalidad. En esto la Psicología individual está en la acertada postura que exige la familia de nuestro tiempo. En esta época de relajación de vínculos familiares, la madre resalta cada vez más su papel de centro gravitatorio amoroso y de unión de todos sus miembros.

II. VICISITUDES HISTÓRICAS DEL PSICOANÁLISIS

El nacimiento y vida del Psicoanálisis en el escaso siglo de su existencia, parece obedecer al oscilante penduleo hegeliano de la tesis, antítesis y síntesis.

Un siglo XIX tan sumamente racionalista, infatuado en su cultura por el exagerado optimismo de su civilización; tan insincero en la moral íntima, que elude el estudio de los problemas sexuales, ve nacer antitéticamente, en sus postrimerías, la más irracional y pansexualista concepción psicológica.

Es lógico pensar que el temple humano de quien lleva a cabo tal tarea sea recio, contumaz, persistente; que levante a su alrededor controversias y aplausos, y que dentro de un descubrimiento genial engarce también teorías y concepciones atrevidas o erróneas. Así ha ocurrido, en efecto, y tras la tormenta de las exageraciones, de las desviaciones heréticas y de los desengaños, parece aparecer al fin, en provechosa síntesis científica, lo que de bueno y trascendente había en la mente de su genial creador.

Sigmund Freud es sin duda una figura relevante, trascendente. Nace en Freiberg (Moravia) el año 1856, y es en Viena donde concibe y expande—a través de sus setenta años de permanencia en esta ciudad—su teoría psicoanalítica, hasta un año antes de su muerte, ocurrida en Londres en 1939.

Frente a la filosofía de la época, que se ocupa únicamente de los fenómenos psíquicos en cuanto entran de lleno en el haz iluminado de la conciencia, pretende el aparente absurdo de hacer lo inconsciente

objeto de la conciencia. En el aspecto moral, saca a relucir las sucias e intrincadas conexiones sexuales del fondo de la conciencia, «transportando de la esfera del disimulo a la de ciencia el conflicto fundamental que se empeñaba en mantener oculto» (6).

Siendo profesor de Neurología de la Universidad de Viena, acude en 1886 a París, donde se pone en contacto en la Salpêtrière, durante unos meses, con el célebre Charcot. En 1889 viaja a Nancy y trabaja con Bernheim. Ambos médicos eran los rehabilitadores parciales del proscrito hipnotismo de Francisco Mesmer (1733-1815).

Las ideas que en estos contactos adquiere ejercen sobre él influencia decisiva; pero sirven para cerrarle las puertas de la Viena post-mesmeriana de su tiempo, suspicaz ante todo procedimiento hipnótico. Freud trabaja, primero con el médico vienés Josef Breuer, al que ya conociera antes de ir a París, y con él llega a descubrir el inconsciente mundo de los sentimientos regolfados, hasta entonces desconocido por la ciencia, y sólo apuntado anteriormente por filósofos como Leibnitz, Herbart y Hartmann, o psicólogos como Ribot y Janet.

Cuando se separan, otros discípulos contribuyen con él a elaborar la estructura de la personalidad, a la vista de los descubrimientos hallados, porque, pese a los detractores que ha tenido, Freud, como dice López Ibor, «ha sido un Stoffdenker, es decir, un incitador, un aportador de temas, un descubridor de horizontes, un creador de muy humanas preocupaciones» (7).

A su obra han contribuido personalidades como Alfred Adler (1870-1937), nacido en Viena, uno de los primeros discípulos separados; Carlos Gustavo Jung (1875-1961), suizo, discípulo disidente también. Estos fueron sus más importantes e inmediatos seguidores.

Otras figuras destacadas son: Szondi, que admite el Psicoanálisis familiar, intermedio entre el personal de Freud y el colectivo de Jung, en el que da clara significación psicológica a genes recesivos; Rank, que propugna la terapia volitiva; Frankl, cuya obra *Psicoanálisis y existencialismo* le consagra al análisis existencial; Horney y su escuela neoyorquina, que destaca la falta de aceptación social como condición principal del origen de las neurosis; French, de Chicago; Fromm, Rank, Anna Freud, Spitz, Bally, Caruso, Schultz-Hencke, etc., etc.

III. CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES DEL PSICOANÁLISIS

Para Freud, la personalidad humana se halla constituida por la integración de tres estratos: el *id* o *ello*, el *ego* o *yo* y el *super-yo* o *super-ego*.

(4) ADLER, A.: *Conocimiento del hombre*. Espasa-Calpe. Madrid, 1962, pág. 223.

(5) ADLER, A.: *Op. cit.*, pág. 223.

(6) ZWEIG, Stefan: *La curación por el espíritu*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1954, núm. 1.181, pág. 146.

(7) LÓPEZ IBOR, J. J.: *La agonía del Psicoanálisis*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1951, pág. 20.

«El *ello* designa aquella parte del espíritu humano que comprende los impulsos instintivos, ya sean sexuales o agresivos. El *ego* es la organización que comprende las funciones que sirven esencialmente para la adaptación del individuo a la realidad con vistas a su conservación, y que, en parte, son conscientes, mientras que, en parte también, son inconscientes.

El *super-yo* es una organización que comprende las tendencias morales del individuo; una parte de ella es consciente, mientras que la otra, muy importante sin embargo, es inconsciente. Este tercer sistema, centrado en torno a las exigencias morales, es distinto del *yo*, porque la observación ha demostrado la importancia de exigencias morales, inconscientes, que se oponen a una buena adaptación del individuo a la realidad (tales son, por ejemplo, las tendencias inconscientes de autocastigo)» (8).

Es necesario suponer en cada uno de estos tres estratos o funciones elementos conscientes e inconscientes. Lo inconsciente no accede a la consciencia, en virtud de la *represión*, o «*Verdrängung*» de Freud, que representa la base sobre la cual se erige toda la doctrina del Psicoanálisis. La censura la realiza un conjunto de ideas, recuerdos, sentimientos, que produce sobre otro grupo de ideas, sentimientos o recuerdos una acción inhibitoria, como dice Saussure.

Una característica fundamental de Freud, núcleo central de su doctrina, está constituida por el concepto de instinto sexual, que llama *libido*, manifestación de la fuerza del Eros, y que considera como «último movens» de la conducta humana. La sexualidad es para él el impulso que lo mismo lanza al hombre a las cumbres espirituales más altas mediante el proceso de sublimación, como le hunde en las más bajas y cenagosas.

Para Freud, la sexualidad no empieza en la pubertad, sino ya al nacer: la respiración es el primer esfuerzo libidinoso del niño. Al principio, la *libido* se halla esparcida por todo el cuerpo, pero luego se va estableciendo una especialización y jerarquía. Así, tenemos la fase oral, propia de los meses de la lactancia; la fase anal, que empieza a desarrollarse en el segundo año y que se extiende por una zona circular que incluye las regiones glúteas; la fase uretral, que aparece poco después y que no sólo se localiza en esta mucosa, sino en las de las narices y oído. De ahí la introducción de objetos en estas vías.

Al acercarse la segunda infancia podemos pensar en una fase visual; el niño con sus miradas inquisitorias tratar de localizar las zonas donde radican las fuentes de placer de los otros; si las busca en sí mismo, podemos hablar de una fase narcisista.

Sólo al llegar la pubertad se localiza en una verdadera fase genital. Es ésta una fase compleja, tiene como una especie de retorno a sí mismo (o mejor dicho, a un pequeño sector de sí mismo: fase onanista), y otra al exterior, hacia otro sujeto, ya en línea de su misma sexualidad (homosexualismo) o del sexo contrario.

Aún señala Freud, entre la fase de perversidad polimorfa y los descubrimientos puberales, otra de latencia, en la que dirige su *libido* hacia su madre, si es niño (complejo de Edipo), o hacia su padre (complejo de Electra), si es niña. Esto trae como consecuencia el odio al rival, o sea, al padre en el complejo de Edipo y a la madre en el complejo de Electra. La angustia ante tal amenaza engendra el complejo de castración.

En los últimos años de su vida, Freud contrapuso al Eros un impulso antagónico o instinto de la muerte. A la misión constructiva del primero se opondría la destructiva del segundo; el masoquismo y el suicidio serían algunas de sus manifestaciones.

IV. TIPOLOGÍA FREUDIANA

La trinidad de la personalidad humana anteriormente expuesta (*ello*, *ego* y *super-ego*) es interno campo de batalla cuando las presiones de la moral del *super-ego*, el instinto de realidad del *ego* y las convulsiones instintivas del *ello* son contradictorias y entrecruzadas. El predominio de cada uno de estos factores da lugar a una tipología especial. Así, Freud establece en su *Über libidinöse Typen* (1931) los siguientes:

a) *Tipo erótico*, que representa el hombre cuya personalidad se ve intensamente influenciado por el *ello*. Vive entregado al amor y le angustia la posible pérdida del ser amado.

b) *Tipo obsesivo*, que se ve dominado por el *super-ego* y su angustia no obedece a la pérdida del objeto amado, sino a la tensión existente con su propia conciencia.

c) *Tipo narcisista*, que se desentiende de las ansias eróticas del *ello* y de las tensiones coactivas del *super-ego* para colocar en primer plano su autoconservación y la defensa contra las conmociones internas y externas.

Estos tipos puros no se ofrecen nunca sino en combinaciones diferentes.

Si de lo normal pasamos a lo patológico, y el *ego* se ve desbordado por los procesos, luchas y tensiones inconscientes, la conducta se vuelve patológica y la curación requiere, precisamente, elevar a la conciencia esos conflictos y trastornos subrepticios.

¿Cómo?

V. TÉCNICAS DE PENETRACIÓN PSICOANALÍTICA

Por cuatro vías o caminos principales podemos adentrarnos en la selva intrincada del inconsciente: los actos fallidos («*Fehlleistungen*»), los sueños, la

(8) GEMELLI-ZUNINI: *Introducción a la Psicología*. Ed. Miracle. Barcelona, 5.ª edición, 1964.

hipnosis y las pruebas de las asociaciones libres y determinadas.

Aunque las cuatro técnicas se deben a Freud, la tercera fue muy poco utilizada por él, y la cuarta fue empleada especialmente por Jung.

a) *Los actos fallidos*, o actos incontrolados, pueden ser verbales, escritos e incluso de acciones. Así, al vernos en la necesidad de hablar de un enemigo, el inconsciente puede traicionarnos, introduciendo en nuestro discurso una palabra que denote la animadversión que sentimos. Si en vez de hablar escribimos, la traición gráfica nos delata igualmente. Y si la obligación nos impone una acción desagradable, el olvido descubre este displacer que sentimos. Casi siempre el acto fallido es una confesión y una auto-traición.

b) *Los sueños* representan la vía regia del Psicoanálisis para Freud. En ellos podemos considerar un contenido latente y otro manifiesto, cuya distinción se debe a la censura.

Como quiera que lo que soñamos es lo que deseamos, y a veces repugna a la conciencia esta confesión (censura psíquica), aparece el deseo disfrazado en forma de símbolos y mezclado con restos diurnos. Las imágenes del sueño encubren la mayoría de las veces deseos reprimidos e insatisfechos, que, no habiendo podido realizarse durante el día, entran en nuestra vida por el camino del sueño. Lo que no pudo expresarse en la vida real (deseos turbios, ardores no permitidos, etc.), se manifiesta al parecer libremente de noche. En sueños roba el ladrón lo que no pudo robar, se posesiona el deseoso de lo que no pudo alcanzar, se esclaviza al superior, etcétera, Freud ha señalado una larga serie de símbolos de los sueños que dejan traslucir su clara obsesión pansexualista. Para él, son casi siempre, como hemos dicho, la realización de los deseos reprimidos del inconsciente, aunque más tarde introdujo otro supuesto: la obsesión de repetición o *wiederholungszwang*. La interpretación de los mismos es tarea difícil, y el propio Jung tuvo que recurrir al inconsciente colectivo para explicar residuos indescifrables a la luz de las experiencias del sujeto.

c) *La hipnosis* fue el primer método usado por Freud. En ella, como el sujeto tiene su voluntad anestesiada y cree hallarse solo, expresa sus deseos y secretos más íntimos; pero las escasas dotes de hipnotizador del maestro, la inmoralidad de esta penetración violenta, la proscripción que pesaba sobre ella a causa del magnetismo mesmeriano, y otras causas, le decidieron pronto a abandonarla.

d) *Las pruebas de las asociaciones libres y determinadas* responden al principio fundamental de análisis freudiano. El mismo Freud pedía al enfermo que se situase en un estado de autoobservación tranquila y que comunicase sin reflexionar todo lo que sintiese y en el mismo orden en que fuesen apareciendo sus pensamientos, recuerdos, sentimientos, et-

cétera. Incluso, para eliminar las trabas de la vergüenza y de la conciencia, el enfermo se sentaba en un sofá de manera que no pudiera ver al médico.

Esta labor de penetración en el inconsciente cuenta siempre con el enemigo del propio sujeto, que, inconscientemente, rehuye a libertarse de su problema íntimo, transportándolo a docenas de síntomas, cuya paciente y larga observación asociativa puede conducir al descubrimiento del núcleo problemático.

El mero hecho de traer a la luz de la conciencia el problema íntimo que le atormentaba, basta para curarle. Puede ocurrir que estas tendencias afloradas no sean realizables, y entonces la energía erótica encuentra en un plano superior de integración en la personalidad madura una manera de realizarse, sustituyendo sus fines primitivos por valores de utilidad social. Es este proceso, llamado *sublimación*, el más sugestivo y rico de aplicaciones pedagógicas.

Uno de los primeros discípulos que iniciaron las disensiones con Freud fue Alfred Adler. Desde 1902 a 1911 perteneció al pequeño círculo que se había reunido alrededor de aquél; pero en 1911 llegaron a una ruptura, y Adler llamó a su doctrina, a partir de 1912, *Psicología Individual*. Su escuela se caracteriza por rechazar de plano el pansexualismo e introducir en su lugar el instinto de poderío (tendencia a sobresalir, o *geltungsstreben*, o «voluntad de dominar», o *wille zurmacht*) que, con el sentimiento de comunidad (*gemeinschaftsgefühl*), son los instintos primarios del hombre.

El niño viene inerme al mundo, y el instinto de poder le impulsa a conquistarlo para satisfacer sus necesidades; pero acaece que en esta fase se le hace presente su inferioridad manifiesta. De ahí nace un sentimiento positivo, producto de la tensión ante las exigencias de la vida, que puede reforzarse por la existencia de defectos orgánicos, enfermedades o situaciones difíciles: el sentimiento de inferioridad.

Esta minusvalía implica siempre una falta de sentimiento de comunidad y de valor. El miedo es la fuerza barata del aconplejado.

La madre representa un papel fundamental para evitar la aparición de este sentimiento y, por lo tanto, para la creación de un estilo de vida permanente. Para ello debe desempeñar dos funciones:

«1.ª Ganar el niño para sí, despertar el interés del niño hacia ella, colocándose ante sus ojos como un prójimo.

»2.ª Descubrir el interés del niño por los demás. Descubrir al padre también como prójimo. El padre debe también contribuir a que el niño tenga interés por sus hermanos y por los demás» (9).

(9) ADLER, A.: *La Psicología Individual y la Escuela*. Ediciones Losada. Buenos Aires, 1944, pág. 20.

De aquí se deduce que las tres situaciones difíciles más importantes para el niño sean:

- 1.ª Niños con inferioridad de órganos.
- 2.ª Niños mimados, que solamente reciben y nunca dan.
- 3.ª Niños odiados, que ignoran que existe un sentimiento de comunidad e interés por los demás. (10).

La conducta neurótica es la situación que se crea el sujeto con sentimiento de inferioridad para compensarla. El concepto de compensación es fundamental en Adler. Así, surgirá un pintor de un astigmata; un literato de un jobado; un ladrón de un niño abandonado, etc.

Para Adler, no hay diferencias congénitas, sino solamente las adquiridas, ya que cualquier diferencia puede ser compensada.

Los sueños, para Adler, no son la satisfacción de los deseos sexuales reprimidos del inconsciente, sino la situación que permite colocarnos en un estado afectivo, y merced a él, conseguir algo que no lograríamos con la lógica» (11); es, pues, algo prospectivo y tiene lugar a menudo cuando no está completamente seguro de su situación. Sueña que se cae por la ladera el que se va a examinar al día siguiente y no tiene confianza en sí mismo; sueña que camina por una soleada pradera en donde emerge un palacio que le llena de alegría el que confía en sí, reforzándose el sentimiento de seguir adelante, etc.

Adler y Freud, o instinto de poderío y pansexualismo, son dos teorías igualmente valederas; ambas tienen algo de verdad, lo que tienen que buscar son sectores distintos de aplicación.

El instinto de poderío, la voluntad de poder, teje sus impulsos dentro de sus propias posibilidades, mira hacia dentro. La sexualidad impulsa hacia fuera, al mundo exterior. Tras estas consideraciones, llega Jung a la concepción de los tipos psicológicos, que reducen a dos los tres anteriores de Freud; estos tipos son:

- a) Introversos.
- b) Extroversos.

Los primeros se vierten al mundo interior, al mundo subjetivo; los segundos al exterior, al mundo objetivo. «Ahora bien, el que es extroverso en un plano consciente, es introverso en el mundo lunar del inconsciente y viceversa. El hombre es, pues, un animal de sol y sombra. Esta concepción bipolar de la dinámica psíquica entraña, pues, un estado tensional en todo ser humano, estado tensional que sólo se resuelve con el descubrimiento del sí mismo» (12).

Jung divide las funciones generales del psiquismo en cuatro factores, emparejados de dos en dos, a saber: pensar-sentir, percibir-intuir. Esto significa que cuando el pensar está en la conciencia, el sentir está en el inconsciente y las otras dos en una zona penumbral. Si a cada factor le damos las dos direcciones ya señaladas anteriormente (hacia el mundo interior o hacia el mundo exterior), tendremos transformados en ocho los dos tipos primitivos. A saber:

- 1.º Reflexivos, o pensadores, introversos.
- 2.º Reflexivos, o pensadores, extroversos.
- 3.º Sentimentales introversos.
- 4.º Sentimentales extroversos.
- 5.º Perceptivos introversos.
- 6.º Perceptivos extroversos.
- 7.º Intuitivos introversos.
- 8.º Intuitivos extroversos.

Pero lo que más ha destacado a Jung han sido sus investigaciones oníricas, que le han llevado al descubrimiento del inconsciente colectivo. En efecto, en el análisis de los sueños halló fantasías que no se fundamentaban en la historia individual del sujeto, por lo que tuvo que recurrir a hechos o elementos extrapersonales, a residuos de la experiencia de toda la humanidad, cuya existencia vio comprobada por la semejanza de mitos, leyendas y sueños de todos los pueblos. Son las imágenes ancestrales o «grandes imágenes primordiales» de Jacobo Burckhardt.

- ACKERMANN, A.: *Psicología Aplicada*. Ed. Morata. Madrid, 1964.
- ADLER, A.: *La Psicología Individual y la Escuela*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1944.
- *El conocimiento del hombre*. Espasa-Calpe, número 775, Madrid, 1962.
- ALVAREZ VILLAR: *Psicología Genética y Diferencial*. Aguilar, 1965.
- *Elementos de Psicología Experimental*. Aguilar, 1966.
- BRENNAN: *Psicología General*. Morata. Madrid, 1961.
- ENCILLA DOMÍNGUEZ, J. de: «Psicología profunda», en *Dicc. de Pedagogía Labor*. Madrid, 1964.
- FREUD, A.: *Introducción al Psicoanálisis para educadores*. Ediciones Paidós. Buenos Aires, 1954.
- FREUD, S.: *Obras completas*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.
- GEMELLI-ZUNINI: *Introducción a la Psicología*. Ed. Miral. Barcelona, 4.ª ed., 1964.
- JOLAND JACOBI: *La Psicología de C. G. Jung*. Espasa-Calpe. Madrid, 1945.
- JUNG, C. G.: *Conflictos del alma infantil*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1945.
- LARROYO: *Historia General de la Pedagogía*. E. Porrúa. México, 1964.
- LÓPEZ IBOR: *La agonía del Psicoanálisis*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1951.
- *Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis*. Ed. Miral. Barcelona, 1936.
- OLIVER BRACHFELD, F.: *Los sentimientos de inferioridad*. Ediciones Apolo. Barcelona, 1944.
- PINILLOS: *Introducción a la Psicología Contemporánea*. C.S.I.C. Madrid, 1962.
- «Psicoanálisis», en *Dicc. de Pedagogía Labor*. Madrid, 1964.
- PLANCHARD: *Pedagogía Contemporánea*. Rialp, 1949.
- RAMOS SOBRINO, A.: «Tests proyectivos», en *Dicc. de Pedagogía Labor*. Madrid, 1964.
- YELA GRANIZO: *Apuntes de Cátedra de Psicología*.
- ZWEIG, Stefan: *La curación por el espíritu*. Austral, 1954.

(10) ADLER, A.: Op. cit., pág. 68.

(11) ADLER, A.: Op. cit., pág. 89.

(12) ALVAREZ VILLAR, A.: *Psicología genética y diferencial*. Ed. Aguilar. Madrid, 1965, 2.ª ed., págs. 179-180.